

Jaime Correas

FRAILE ALDAO

Un general de la
Santa Federación

Prólogo de Hernán Brienza

COLECCIÓN
LOS CAUDILLOS

Prólogo

La historia, entre el arte político y la literatura

ESTA ES LA HISTORIA DE UN HOMBRE. Y NO ES POCO DECIR. NI TAMPOCO es una verdad de Perogrullo. Contar la vida de un individuo en su circunstancia y su contexto, con sus opciones, aciertos, equivocaciones y miserias, puede ser uno de los actos más insolentes que un escritor puede llevar adelante con la narración de una figura histórica. Me refiero a esa humanización chusca que consiste en descubrir los amores secretos y las pequeñas desviaciones supuestamente escandalosas, ese cartoneo innecesario en la intimidad de un biografiado con el simplón motivo de mezclarnos a hombres y mujeres del pasado y del presente en un mismo lodo discepoleano. Por el contrario, este libro trata del proceso de comprensión de las acciones erradas o acertadas de un personaje falible, siempre falible, haciendo política.

Es por esa razón que esa humanización es resultado de una concepción profundamente política, porque no hay nada más antipolítico que la mitificación, la cosificación de un líder o una persona que protagonizó un periodo histórico. Incluso, cuando se lo hace positivamente, ya sea a un individuo o a una generación, como puede haber sido la de 1810 o la de los años setenta, porque, de ese modo, se niegan sus valores reales —sus corajes y sus miedos— de hombres y mujeres comunes atravesados por una encrucijada.

La biografía de José Félix Aldao, escrita por Jaime Correas, transita por el andarivel de la humanización. El autor lo hace de la mano de la ficción como herramienta para darle mayor plasticidad al desafío de retratar a ese hombre que fue sacerdote, amante, guerrero, revolucionario, general del Ejército de los

Andes, caudillo federal, gobernador de Mendoza, y alborotador permanente. En la pluma de Correas uno puede reconocer trazos artísticos que recuerdan la máxima recomendada por el historiador Vicente Fidel López, en el siglo XIX: “La historia es un arte”.

Está claro que no hay una sola forma de contar la historia. Desde el nacimiento de la patria hasta hoy convivieron distintas maneras de relatar el pasado. Elitistas, populares, revisionistas, divulgadores, anecdotistas, novelistas, dramaturgos, académicos, todos ellos son hijos y nietos de las primeras corrientes historiográficas que representaron Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, y entre los que se cuela el tucumano Juan Bautista Alberdi, con sus obras de teatro, como *El gigante Amapolas*.

La discusión sobre cómo contar la historia no es nueva. El debate capital de la historiografía argentina se produjo en 1881, cuando Vicente Fidel López, al publicar su *Historia de la Revolución Argentina*, criticó la obra de Bartolomé Mitre, lo que motivó una polémica notable, condensada en tres volúmenes, uno publicado por López, bajo el título *Debate histórico*, y dos por el general Mitre, con el título *Comprobaciones históricas y Nuevas comprobaciones históricas*, en 1881 y 1882. En realidad, se trata de la polémica central sobre la historiografía vernácula, en la que se enfrentan las dos grandes escuelas estilísticas del siglo XIX, representadas por López y Mitre.

La escuela mitrista, por ejemplo, considera que la historia debe ser elevada al nivel de una ciencia y basa su mirada en la investigación de los hechos para poder contrastarlos a través del examen crítico de los documentos. De esa manera, intenta recuperar el método experimental de las ciencias naturales. Mitre define con claridad esa noción en su libro *Comprobaciones históricas*: “La historia no puede escribirse sin documentos que le den la razón de ser, porque los documentos de cualquier manera que sean constituyen, más que su protoplasma, su sustancia misma. El documento es a la historia lo que la horma al zapato que fabrica el zapatero”. La discusión de los llamados “padres de la historia” abrió la producción historiográfica en dos: de un lado, los defensores de la metodología como reparo de la subjeti-

vidad y, por el otro, aquellos que apostaban a la reconstrucción y acercamiento del pasado al gran público. Con brocha gorda, uno podría decir que el mitrismo parió la “historia profesional” y que López alumbró a los divulgadores.

López, en cambio, considera a la historia como un arte, donde lo sustantivo es la reconstrucción viva de los hechos. Allí, se hace hablar y actuar a los personajes e interpretar las ideas y las pasiones de la época, en una suerte de acto de resurrección o evocación histórica. López recoge las versiones de la tradición oral en una narración llena de interés y color, que atrapa al lector. Como contrapartida, desdeña el método, no muestra demasiado afán en clasificar los documentos y no le interesa la verificación de los hechos, sino la escenificación del drama.

No es objeto de este prólogo, sobre la vida del Fraile Aldao, la disquisición historiográfica argentina, pero sí retomar el guante arrojado por López: “La historia es un arte”. He allí el extracto de la discusión. Por supuesto, podría leerse la frase de López de forma literal, donde el término “arte” está funcionalizado como pericia, habilidad, destreza. Pero hay una segunda acepción que está ligada a la posibilidad de entrecruzar técnica o ciencia con estética, es decir, la reconstrucción de la historia como un hecho artístico y estético. Allí, el pasado debe ser recreado con belleza.

Lejos estoy de sostener que entre arte y belleza hay una conexión directa exenta de contradicciones, recodos, grietas, intersticios, donde lo horrible se entromete para que una obra sea más revulsiva que cómplice con el mundo. Lejos estoy de creer que el arte existe para apaciguar a una humanidad que en muchos aspectos es fabricante de injusticias y desatinos. El arte que más me convoca es el que se envuelve en la rabia, el que no se entrega a la complicidad ni a la complacencia. Y si la historia es un arte, entonces, solo puede estar allí para movilizarnos, conmovernos y compadecernos de los protagonistas del pasado.

El texto de Correas logra el objetivo de conmoover, hacernos reflexionar y comprender la situación de los personajes en el tiempo en que ellos viven. Porque cuando el arte se relaciona con la historia no habla tanto del pasado como del momento en

que es percibida una obra. Un cuadro de Caravaggio, una sonata de Beethoven o un filme de Fellini nos dicen tanto del momento en que fueron creados como del momento en que son percibidos y recreados una y otra vez por cada receptor.

Un libro, entonces, es un presente permanente. La historia que allí se relata no puede cristalizarse, aunque se abandone el volumen en un estante. Es un hecho que siempre está reproduciéndose en cuanto se abren sus páginas. Por eso es imposible retener la historia. Una obra puede relatar un suceso ocurrido en el pasado, pero en cuanto es leída o releída ya sugiere al presente. Es por esa razón que es imposible crear un arte histórico; el arte siempre es político, que no es otra cosa que historia en vivo y en directo.

La política es un mundo de representación, un espacio ficcional donde las figuras son personajes en acción. Y se sabe que la historia es la política del pasado y lo que escribe el presente como una causa. “Entre el pasado y el presente hay una filiación tan estrecha que juzgar el pasado no es otra cosa que ocuparse del presente. Si así no fuere, la historia no tendría interés ni objeto. Falsificad el sentido de la historia y pervertís por el hecho toda la política. La falsa historia es origen de la falsa política”. La frase pertenece a ese imprescindible ensayo titulado *Grandes y pequeños hombres del Plata*, escrito con cierto aire zumbón por Alberdi. Aquel texto es útil para pensar los usos que se ha dado a lo largo de estos dos siglos a la historia argentina: un extenso combate intelectual entre distintas generaciones y escuelas para apropiarse de un pasado. Porque en el imaginario social y político quien se adueña de la memoria colectiva tiene la posibilidad de delinear un futuro compartido.

HERNÁN BRIENZA

Introducción

José Félix Aldao, un olvidado

Esto es el Oeste, señor. Cuando la leyenda se convierte en hecho, se imprime la leyenda.

JOHN FORD, *El hombre que mató a Liberty Valance*, 1962

La tradición no discute si una versión es correcta o no. La acepta o no la acepta.

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ, 1996

LA FIGURA DE JOSÉ FÉLIX ALDAO, EL FRAILE GENERAL, ES CURIOSA Y desconcertante por su riqueza y el olvido que la cubre. En un país atravesado por luchas facciosas irreconciliables, desde sus orígenes hasta la actualidad, es difícil comprender por qué un personaje con sus atributos ha quedado en una suerte de limbo de desconocimiento, sin casi nadie que lo reivindique como propio en esas reyertas entre compatriotas. Parece incómodo para todas las facciones. Esa incomodidad quizás sea el gran motor que empuja a indagar en su personalidad y en su vida, a fin no solo de rescatarlo para la memoria y la historia, sino también para reflexionar sobre cuáles son esas condiciones que lo hacen tan inasible, como una brasa caliente. Es importante vislumbrar sus valores de síntesis. Aldao, al fin de sus días, contrapone una visión integradora, sintética, a la permanente exclusión del otro que alentó su vida. Su relación extensa y difícil con Tomás Godoy Cruz quizás sea el mejor ejemplo de esta curiosidad, entre otros que urden la trama de su existencia.

Fue sacerdote y héroe de la Independencia americana. Luego de partir en el Ejército Libertador como capellán de la columna

del general Juan Gregorio de Las Heras tomó las armas y peleó como un valiente, entre muchas otras batallas, en las célebres Cancha Rayada, Maipú y Chacabuco. Acompañó al general José de San Martín al Perú, donde tuvo un papel descollante en la guerra de guerrillas y la organización de fuerzas irregulares junto a Juan Antonio Álvarez de Arenales. Como comandante, defendió las fronteras del sur mendocino contra los indígenas y llegó a ser el jefe de una de las tres columnas de la “campana al desierto” de 1833, junto con Juan Manuel Rosas y José Ruiz Huidobro, bajo el mando de Facundo Quiroga. Participó activamente en las guerras civiles en el bando federal bajo la conducción de Quiroga, llamado “el Tigre de los Llanos”, y protagonizó diversos hechos notables, como ordenar la muerte de Mariano Acha, el entregador de Manuel Dorrego, en un hecho simbólico de alto voltaje para el Partido Federal. Llegó al grado de general del Ejército Argentino y se unió al gobierno de Rosas como gobernador de Mendoza en la cúspide de su poder político y militar. Jorge Luis Borges lo nombra al inicio del *Poema conjetural*, en el que Francisco Narciso de Laprida, presidente del Congreso de Tucumán, imagina su propia muerte en la batalla de Pilar, a manos de las fuerzas de Aldao. Ezequiel Martínez Estrada lo invoca en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, uno de sus máximos ensayos de interpretación de la cultura argentina, como ejemplo de la mixtura del cura con el caudillo y lo compara con el cardenal Richelieu. En tanto, Sarmiento escribió su texto clásico sobre el fraile en febrero de 1845, un mes después de su muerte, como introducción a su libro más célebre, que comenzó a publicarse el 2 de mayo de ese año como folletín en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile, junto a su ensayo sobre el guerrero mendocino. Pocos meses después, una imprenta chilena alumbraba como libro *Civilización y barbarie, vida de Facundo Quiroga, y aspecto físico, costumbre y hábitos de la República Argentina*¹ que contenía en el mismo volumen *Apuntes biográficos sobre el general Fray Félix Aldao*.

¹ Domingo Faustino Sarmiento: *Apuntes biográficos sobre el general Fray Félix Aldao*, Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belin y Cia, 1851.

Se ha insistido con que la imagen legada por Sarmiento, muchas veces exagerada y otras tantas falsas, tiñó a Aldao con una leyenda. Quizás ese solo hecho podría haber sido motivo para que la nutrida historiografía revisionista, en general antisarmientina, hubiera adoptado al fraile como uno de los suyos. Sin embargo, el silencio alrededor de su figura es notorio, salvo honrosas excepciones. Cuando aparece siempre es un personaje de segunda línea. La historiografía liberal sigue la línea condenatoria de Sarmiento y la revisionista lo invisibiliza, quizás por su condición de fraile apóstata. Pero incluso historiadores más modernos, que escapan a esos dualismos, tampoco lo rescatan de las sombras. Por dar solo dos ejemplos, Félix Luna en su libro *Los caudillos*, no lo alude a pesar de su importancia ni siquiera en el capítulo de Quiroga; John Lynch, en las dos únicas menciones en su libro sobre Rosas, lo confunde con un comerciante de nombre Juan.

La historiografía mendocina no le va a la saga a este desinterés. En su enorme historia eclesiástica de Cuyo, el sacerdote José Aníbal Verdaguer nombra al fraile al pasar y no destaca que es el mismo capellán del Ejército Libertador que luego será una figura importante en lo militar y en lo político. Cuando asume como gobernador se refiere a Aldao al pasar como “este hombre sanguinario, sacerdote apóstata, y en política, fiel instrumento de Rosas”. Hay trabajos de Jorge Comadrán Ruiz, por ejemplo, sobre la historia de Mendoza de ese período en los que el autor profesa una marcada militancia rosista sin aludir a Aldao. De uno y otro lado vuelve a ser el fraile general una personalidad incómoda. En este segundo caso por su apostasía y lo que esto significa para cierto revisionismo muy cercano a la Iglesia Católica.

Hay quizás algunas excepciones destacables a la cancelación que cayó sobre Aldao. Los libros del militar Carlos A. Aldao de 1934, nieto del caudillo, y de Jorge A. Calle de 1938, mendocino, periodista e historiador. Aunque ambos fueron publicados en Buenos Aires por importantes editoriales su huella es tenue.

Otra excepción interesante es el trabajo de J. Simón Semorille leído en tres sesiones en 1936 y publicado luego por la Junta de Estudios Históricos de Mendoza donde el autor pide

justamente que se revise la imagen consagrada de Aldao, muy ligada a la versión sarmientina y a la leyenda negra que se había tejido a su alrededor en la provincia por la cruenta batalla de Pilar. La publicación, de más de 300 páginas, cuenta además con un enorme apéndice documental que enriquece la visión y permite profundizar la indagación.

Desde esos trabajos integrales de la década de 1930 hay que esperar al libro de Jorge Newton de 1971 para que la figura del fraile militar reaparezca en su riqueza. Salvo un trabajo ensayístico de nuestra autoría de 1999 para el libro *Historias de caudillos argentinos*, ninguno de los posteriores agrega nueva documentación que permita reinterpretar la figura del personaje con evidencias y no con las simpatías o las antipatías ideológicas del autor. Se limitan a seguir lo ya publicado y reinterpretarlo, muchas veces con gruesos errores, a pesar de que hay generosa documentación tanto en el Archivo General de Mendoza como en el Archivo General de la Nación que hemos consultado para completar aquel trabajo aludido y el presente.

El domingo 5 de mayo de 1996 Tomás Eloy Martínez publicó en el diario *Página/12* la extensa síntesis de un texto que había leído en la Feria del Libro en la presentación de su libro *Las memorias del general*, referido a sus investigaciones que derivaron en *La novela de Perón* (1985). Bajo el título “Argentina, entre historia y ficción” el escritor reflexiona sobre las difíciles relaciones de los argentinos con la historia del país y avanza sobre el papel que puede jugar la ficción en ese laberinto: “La ficción y la historia se escriben para corregir el porvenir, para labrar el cauce de río por el que navegará el porvenir, para situar el porvenir en el lugar de los deseos. Pero tanto la historia como la ficción se construyen con las respiraciones del pasado, reescriben un mundo que ya hemos perdido y, en esas fuentes comunes en las que abrevan, en esos espejos donde ambas se reflejan mutuamente, ya no hay casi fronteras: las diferencias entre ficción e historia se han ido tornando cada vez más lábiles, menos claras”.

Este espíritu es el que guió la novela que el lector tiene en sus manos, narrada con las herramientas de la ficción, pero luego de

haber hecho una exhaustiva investigación histórica, documental y de fuentes éditas, y finalmente cristalizada en un ensayo histórico. Quizás, y ese fue el impulso, en un personaje novelesco como el fraile Aldao se requiera la respiración del texto ficcional para avanzar más allá en las pasiones y contradicciones de un protagonista de la historia argentina sobre el que cayó un olvido difícil de comprender en todas sus significaciones. Además, muchas veces sucede cuando se sigue investigando después de publicar, aparecieron nuevas pistas y matices que justificaron volver con ojos atentos sobre la materia indagada.

Un ejemplo claro puede ser que, en esta novela, se alude al pasar a que el delirante decreto de Aldao, que declara locos a los unitarios por pertenecer a ese partido, tuvo como víctimas, entre otros, a Tomás Godoy Cruz, figura central de la historia mendocina y nacional que llegó a gobernar la provincia luego de haber sido el enviado principal del general San Martín al Congreso de Tucumán. En investigaciones posteriores a lo publicado apareció un documento en el Archivo Histórico de Mendoza (Época Independiente, Sección Gobierno, año 1843, Carpeta 250, Documento 131), fechado el 9 de agosto de 1843, en el que, bajo la firma de Juan Montero, jefe de Policía, hay una lista de inmuebles incautados a unitarios y entregados a federales entre los que aparece Godoy Cruz. El documento adquiere relevancia porque en el Tomo X de la *Historia de la Nación Argentina de la Academia Nacional de la Historia* (1947), Edmundo Correas sostiene: “Felizmente este decreto, fruto de una mente extraviada, no fue cumplido”.

El hallazgo entonces permite rectificar lo consagrado por la historiografía e incluirlo en un tramo del relato donde se muestra la toma del poder por parte de Aldao y sus desbordes cuando llega a controlarlo sin límites institucionales. De este modo se matiza con evidencias documentales algo tenido por cierto durante años. El decreto declarando locos a los unitarios era tan disparatado que ni el redactor original quiso firmarlo. Lo interesante es que sí tuvo efectos y ahí es donde la historia y la ficción, esas operaciones de escritura que Tomás Eloy Martínez encuentra con posibilidades de corregir el porvenir, muestran

el sufrimiento de personas de carne y hueso, como cualquiera de nosotros y también las rectificaciones, los remordimientos, los arrepentimientos y las confirmaciones. Todos interactuando, como un modo de demostrar la complejidad de la historia y la necesidad de abordarla con dudas y flexibilidad en los análisis.

Hemos aludido a documentos desempolvados. Más adelante, Martínez reflexiona en su artículo sobre la naturaleza de lo documental y apunta la paradoja de que Bartolomé Mitre, quien introdujo la pasión por documentar y el afán por la investigación, con su actitud de recortar sentidos en los documentos contribuyó a “instalar en el imaginario argentino una larga desconfianza por la veracidad de lo que aseguran... no solo porque el poder político y los historiadores terminan manipulándolos *pro domo sua*. Lo son también porque desaparecen, se extinguen, se esfuman; pierden su valor de prueba”. Y luego de hacer ese desarrollo se pregunta: “¿con qué argumentos negar a la novela, que es una forma no encubierta de ficción, su derecho a proponer también una versión propia de la verdad histórica?”. Frente a esta visión solo se debe advertir sobre un límite: la ficción no debiera contradecir lo que el documento indubitable muestra, salvo que la falsificación sea un obvio juego literario. Martínez, que creía que en la Argentina la novela es un medio “más certero para acercarse a la realidad que las otras formas de la escritura” lo mostró con creces en *La novela de Perón* y en *Santa Evita*. En ambos textos ficcionaliza como un modo de indagar en profundidad lo sucedido y de iluminar los huecos, pero nunca deja de lado lo documentado. Los hechos ya de por sí son de una riqueza novelesca descomunal, no necesitan ser falseados. Porque si bien es cierto que un documento puede ser omitido o mutilado al transcribirlo para cambiarle el sentido o para ocultar algo, tiene también un origen en alguien que suele ser parte de un conflicto. Es la herramienta con la que cuenta la historia (y muchas veces la novela, como hemos visto) para indagar en ese espacio para situar el porvenir en el lugar de los deseos, según Martínez.

A pesar del olvido sobre su figura, la trayectoria de Aldao dejó bastante documentación para hacer innecesario inventarle

una vida a la medida de quien escribe la historia o la ficción. Hay hechos debidamente documentados, más allá del libro endemoniado de Sarmiento o de alguna versión edulcorada que quiere mostrar solo sus bondades, olvidando el resto. El personaje es de una enorme densidad, cargada de contradicciones y continuidades inquietantes. Quizás ese sea uno de los motivos centrales de su orfandad en los relatos históricos. ¿Cómo explicar que el jefe federal que ordenó la muerte de Acha, entregador de Dorrego, también marchó a San Juan para reponer al unitario Del Carril cuando la sanción de la Carta de Mayo rivadaviana en 1825 lo hizo caer? ¿Cómo el archienemigo de Godoy Cruz, luego de haberle expropiado inmuebles por estar loco a raíz de ser unitario lo invita a volver a Mendoza de su exilio, le da un puesto en la legislatura de aquel tiempo y legisla para impulsar la industria del gusano de seda que el expatriado ha estudiado y promovido? Son actitudes impropias de un faccioso, de un hombre de partido dispuesto a atrocidades por una causa. El mismo personaje que Sarmiento muestra solo en su barbarie, también tiene gestos de civilización notables, ilustrados. Pero ni liberales ni revisionistas logran ver esos dos extremos a la vez y sintetizarlos y como consecuencia de ello, quizá, lo invisibilizan. O a lo mejor lo hacen porque al advertir esos matices aparentemente contradictorios, se desorientan (e irritan) y el personaje pierde interés para ellos. Se le niega un espacio importante a Aldao, el héroe de la Independencia que guerreó junto a San Martín, que puso el cuerpo en las batallas, algo que no había hecho la mayoría de sus compañeros de ruta en los tiempos de la militancia rosista. El propio Rosas es un ejemplo ilustre. ¿Por qué no rescatarlo en su riqueza, entonces, quizás como un espejo que muestra la posibilidad de la síntesis y de los encuentros en un país de quiebres y exclusiones, de uno y otro lado?

Vayan algunos ejemplos. No hay en Mendoza calles, escuelas o plazas que lo recuerden. Al frente de la Iglesia de San Francisco, donde se guarda el bastón de mando de San Martín y está enterrada su hija Mercedes, hay una plaqueta que recuerda a los sacerdotes que participaron del Ejército Libertador y Aldao no figura.

JAIME CORREAS

El personaje no existe para los mendocinos de hoy a pesar de haber sido gobernador y ni qué hablar para los argentinos. Durante años en la Legislatura mendocina ha faltado su retrato en la Sala de los Gobernadores y hace poco se colgó una reproducción de plástico por la negativa de la culta Buenos Aires, como le gustaba decir a Sarmiento, de ceder el retrato que le hizo Fernando García del Molino a pesar de los reiterados pedidos al Museo Histórico Nacional, que llegaron incluso a la presentación de un proyecto de ley en el Congreso Nacional y a gestiones de altos referentes del peronismo y del radicalismo a lo largo de años. Es destacable que la institución donde está depositado lo mantiene en archivo sin exponerlo desde hace más de cien años. Se esgrime para no cederlo un argumento burocrático, salvable con una medida judicial que anteponga la defensa simbólica del federalismo a una normativa apolillada que impide a ese cuadro estar a la vista del pueblo argentino en su lugar natural y no permanecer en la oscuridad de un depósito juntando polvo centenario.

No falta, por desgracia, la oportunidad en que, en vez de restituir la riqueza al caudillo, al héroe de la Independencia, al fraile independentista, se pretende utilizar su figura con mezquindades del presente. Es como si hubiera una maldición alrededor de Aldao, que la metáfora del cuadro cautivo sintetiza en sus aspectos más miserables.

Índice

9	Prólogo. La historia, entre el arte político y la literatura HERNÁN BRIENZA
13	Introducción. José Félix Aldao, un olvidado
21	1. El hijo del demonio
33	2. El ingreso al sacerdocio
37	3. La paternidad secreta
41	4. Los conjurados
49	5. Reclusión y estudio en Buenos Aires
55	6. Capellán del Ejército de los Andes
59	7. De fraile a soldado
63	8. La Limeña
71	9. Escape a Chile
77	10. Regreso al desierto
89	11. El encuentro con Facundo
99	12. La batalla del Pilar
115	13. Ya viene Quiroga
125	14. Detenido por Paz
139	15. Yanquetruz, el indio invisible
153	16. La campaña al Sur

161	17. Cartas con Rosas
175	18. Gobernador de Mendoza
185	19. Entrevista con el Restaurador
199	20. Regreso a la gobernación
215	21. Una larga agonía
231	22. El testamento
235	Agradecimientos
237	Bibliografía

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

